

La amenaza de cierre

Héctor Meléndez

Circula la idea de que si hay huelga estudiantil la administración de la UPR cerrará indefinidamente todo el sistema universitario, o al menos el recinto de Río Piedras. En ocasiones esta idea se acompaña con la advertencia de que al reabrir la universidad la administración habría vendido o privatizado algunos recintos. El Presidente de la UPR ha dicho que en efecto podría cerrarse la universidad si hay huelga, a la vez que tanto él como la Junta de Síndicos niegan con vehemencia que se vaya a vender recinto alguno.

A menudo esta advertencia se lanza, con gran alarmismo, sin indicación clara de sus predicados o consecuencias. Por ejemplo, se advierte que ‘van a cerrar la universidad’ —algo que naturalmente provoca pánico en muchos docentes y no docentes— sin decirse si se respetará la ley o se expulsará de la UPR a miles de asalariados, sin más, como si fueran una masa de esclavos o de ganado. Esta falta de ‘explicación’ puede diferenciar una información fundada de una bola que se pone a correr.

La UPR ha sido clausurada en otras ocasiones (huelga estudiantil de 1981, huelga de 1973, después de los motines de 1970 y 1971, huelga de 1948) por semanas y sin que se violentara el derecho de los empleados a sus salarios. La alarma que ahora se insinúa sin embargo radica en la advertencia de que la UPR dejaría provisionalmente de existir, o sea cesarían sus trabajos y salarios, para después, en un tiempo indeterminado, la universidad reaparecer de otra manera. Hay que ver cuánto fundamento tiene esta amenaza sugerida, dada la centralidad de la UPR en la vida general de Puerto Rico y en su insegura y colonial economía.

No es imposible el presunto cierre indefinido, pero parece improbable. Nadie puede garantizar lo que hará otro, desde luego, de modo que está de más vaticinar inflexiblemente lo que pasará en el futuro. Pueden sin embargo verse los pro y los contra de un cierre así del recinto de Río Piedras, para no hablar de uno que cancelara todo el sistema UPR. ¿Qué ganaría la administración con ese cierre indefinido, peor aún acompañado, como a veces se dice, de una reapertura de recintos privatizados? Ganaría, tal vez, debilitar o posponer al movimiento estudiantil contra el alza en el costo de la educación y por participación democrática. (Pero también podría vigorizarlo.) Ganaría avanzar en la privatización, si asumiésemos que está activo un plan de privatización de recintos, que la legislación podría crearse de forma instantánea y que serán inútiles la oposición y los levantamientos en su contra.

¿Qué perdería? Mucho más. Surgirían miles de demandas de empleados docentes y no docentes en los tribunales (de la Isla y federales) contra la UPR, con amplias probabilidades de prevalecer y cuyos litigios tomarían años y costarían muchos millones a la UPR. La universidad podría perder la acreditación de la Middle States —que para la ideología de dependencia es una vaca sagrada— y con ella millones de dólares de fondos federales destinados a programas académicos. Si está hoy en entredicho la posibilidad de un triunfo del PNP en los comicios de 2012, es casi seguro —concedamos un margen de duda— que perdería estrepitosamente si se cierra la universidad indeterminadamente y se deja en la calle a sus miles de estudiantes, profesores y empleados. El descrédito que

arrastraría después el PNP le duraría un tiempo igualmente indefinido. El supuesto cierre indefinido sería una verdadera hecatombe económica y legal en el país en cuanto a deudas bancarias que dejarían de pagarse e incontables compromisos institucionales y personales de carácter judicial, académico, gubernamental, financiero, laboral, federal, etc. Muy probablemente el gobierno norteamericano culparía al gobierno criollo actual y la Middle States culparía a la administración de la UPR. La economía de la Isla agravaría su ya desesperante situación. Podrían resurgir con mayor ímpetu movimientos estudiantiles, populares, obreros e izquierdistas en la Isla.

Vistas así las cosas puede pensarse que este cierre iría contra toda lógica de la política, del poder, de la hegemonía y de la economía. Sin embargo debemos admitir que puede haber funcionarios que podrían violentar esta lógica. La negativa contumaz de la alta gerencia de la UPR a negociar indica una dureza quizá impredecible. Nerón quemó Roma. No es imposible ver que hay quien tira al bebé junto al agua sucia, a veces literalmente. Pero en el caso de un enfrentamiento social como el que nos ocupa, un cierre conllevaría un escalonamiento serio del conflicto. No estamos obligados, por cierto, a pensar su desenlace como necesariamente negativo para la comunidad universitaria y el pueblo. Las luchas de clases dependen de la capacidad intelectual, organizativa y moral de los contendientes. Hay que reconocer que en este sentido la alta jerarquía de la UPR y del gobierno se viene desfondando como nunca antes.

La ansiedad usual por la incertidumbre puertorriqueña es terreno en que florece el temor al presunto cierre. En una experiencia social que confronta mil obstáculos para formarse como país y organizar una sociedad propiamente dicha —un país carente de cuerpo político y de proyecto económico—, la desesperación por la sobrevivencia individual cobra amplio espacio. Se hace difícil ver que la lucha social y colectiva es justamente lo que puede empezar a formar un país aquí. Un mérito del estudiantado ha sido destacar admirablemente esta fuerza de vida.

La inseguridad de la supervivencia precaria mantiene relación estrecha con la confusión y el ‘ruido’ que impiden el progreso de las proposiciones públicas. Más aún, la confusión y el alarmismo justifican en la cultura dominante la mayor intervención posible de la policía, como si la policía brindara orden y ‘control’. La escasez de análisis claros y fundamentados e informaciones firmes se debe en parte al clima que viene creando el carácter caótico del gobierno de Fortuño, el cual se inspira precisamente en la anarquía del mercado. Pero no debe subestimarse la ‘cultura mediática’ que se ha asentado en el país en los últimos tiempos, correspondiente a una cierta debilidad de lo público (y social) y una expansión de lo privado (e individual).

Se confunden el ‘*hear-say*’ y la información que aparece en la prensa. En décadas recientes los medios noticiosos en Puerto Rico han formado la costumbre de convertir los rumores y comentarios en ‘noticia’ y tomar noticias de los otros medios, en vez de producir sus propias noticias con investigación rigurosa. La constatación de informaciones a menudo brilla por su ausencia. *El nuevo día*, cuyos titulares sensacionalistas muchas veces confligen con lo que dice el cuerpo de la noticia, y programas de comentarios de la radio moldean la llamada opinión pública con relativa facilidad. Funcionarios de alto nivel hacen expresiones de las que luego calladamente se retractan o vaticinios y anuncios que después no se cumplen ni valen. Pocas veces se les cuestiona por las contradicciones públicas en que tranquilamente incurren. Por su parte, medios de comunicación estudiantiles son comúnmente los celulares y las redes

vinculadas a internet, y estos medios tienen ventajas así como limitaciones. Se nutren frecuentemente de comentarios informales e informaciones que vienen y van cada minuto sin que nadie sepa su origen o veracidad. Pero cuando el movimiento estudiantil despliega medios de difusión que aglomeran la multitud en su dimensión corpórea y física, por ejemplo haciéndola mirar espectáculos teatrales, recibir y leer hojas sueltas, oír y ver intérpretes musicales, bailar, participar en foros y charlas, escuchar y mirar un orador, debatir abiertamente entre sí sus múltiples opiniones, o aplicar la fuerza compacta de su gran masa humana, entonces cobra mayor vuelo la conciencia colectiva de las posibilidades de la lucha y los sujetos se reconocen más intensamente en su propia acción e interacción.

La huelga estudiantil y el fantasma del cierre indefinido, pues, obligan a cada estudiante, profesor y trabajador a un cálculo de las posibilidades. Pero deben enfrentar la cuestión también como una moral e intelectual: sobre lo que es justo o no lo es. La aproximación desde el punto de vista de los principios propios y de la integridad ayuda al análisis objetivo y hasta puede generar fuerza política. Durante la segunda guerra mundial hubo ocasiones en que el ejército alemán amenazaba a la resistencia con bombardear toda la ciudad y hacerla polvo si los grupos guerrilleros antifascistas no se rendían. Era, desde luego, motivo para tener miedo. Pero bien mirada la cosa se trataba de una táctica de amedrentamiento, pues si los alemanes bombardeaban la ciudad aniquilaban muchos efectivos y recursos suyos que estaban apostados también en la ciudad. No lo iban a hacer, pero su amenaza provocaba temor en las filas contrarias, las que a veces se dividían al debatir la cuestión, mientras se aclaraba la mente colectiva. La amenaza de ‘obedezcan o lo destruiremos todo’ es táctica de miedo típica de terroristas y fascistas. Lo que generalmente significa es que la lucha deberá prepararse para nuevas fases sucesivas, de mayor originalidad y de más largo plazo de lo que quizá se creyó.

Se trata por supuesto de una analogía; los administradores de la UPR están lejos de ser el ejército nazi. La ideología que representan no usa el disfraz nacionalista y socialista del fascismo y en cierto modo es más sincera, pues obedece directamente y sin rodeos al capital bancario, cuyo estilo de gestión vertical e inapelable la UPR imita. Pues si son varias las causas del presente tranque —reducción de los fondos para la UPR, falta de transparencia, estructura de poder autoritaria, actitudes dictatoriales de algunos altos jerarcas, ideología neoliberal, dependencia de Estados Unidos, desprecio del intelecto, etc.— un terreno básico de las mismas es el poder dominante del capital financiero. La educación depende de los bancos. Cada vez más la banca exige cuentas a la UPR así como a muchos de sus deudores, al gobierno local y al federal, y no digamos ya a los estudiantes, asalariados, medianos y pequeños empresarios, etc. Cuando los bancos oprimen de modo más extremo se dice que hay ‘crisis económica’.

La firmeza de la movilización estudiantil, y el respaldo que la misma ha recibido de la comunidad universitaria y del pueblo, han llevado a un gobierno incapaz de impartir hegemonía, con poca articulación interna y falto de proyecto político y económico sustentable a recurrir a la ocupación policiaca de varios recintos. En la tradición de la Universidad de Puerto Rico, educación universitaria es incompatible con ocupación policiaca. Esto implica un escalonamiento de la tensión. La amenaza es clara contra la comunidad universitaria, notablemente los profesores. Los grupos subordinados en esta relación de poder deben, pues, afinar al máximo su cacumen estratégico, así como nutrirse de razonamiento moral y de valentía.

Más todavía por lo siguiente: la ocupación policiaca podría ser una alternativa al sugerido cierre indefinido. Es posible que el Tribunal Supremo de Puerto Rico, controlado por el PNP ahora y por bastantes años más, determine pronto que son ilegales las huelgas estudiantiles en la universidad. De aquí se seguiría que la ocupación policiaca garantiza el cumplimiento de la ley. Los profesores y empleados que dejasen de realizar sus tareas en protesta serían procesados y quizá expulsados, en una invitación continua a que la intelectualidad puertorriqueña se disperse en el amplio territorio de Estados Unidos. Hace poco Fortuño dijo que enmendará los estatutos para que la UPR sea como las universidades de los estados norteamericanos. (La mítica democracia estadounidense, podemos inferir, descansa en una paz de los sepulcros regida por la policía y los bancos.) Varias cosas por tanto podrán ponerse a prueba: la resistencia del estudiantado y las clases populares, cuán anexado de facto está Puerto Rico a Estados Unidos, y cuánto podría avanzar el PNP, a pesar de sus debilidades, en alterar la faz del país.

En todo caso, la persistencia presente de los estudiantes y la comunidad universitaria y la conciencia clara de sus acciones podrán ayudar a formar una alternativa al desorden antisocial que representa hoy el bajo fondo, inédito, a que ha descendido la gerencia universitaria, inseparable a su vez de la crisis colonial.